

Extensión de la inspiración

1. El Concilio Vaticano definió que la inspiración se extiende a todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, tal y como fueron enumerados por el tridentino (ses. 4, cap. 2; D. 1787; Canon 4 *De revelatione*, D. 1809). El ámbito no se limita a las doctrinas relativas a la fe y a las costumbres solamente, sino que se extiende al contenido total de la Sagrada Escritura. Aunque esta proposición no ha sido definida en ninguna decisión doctrinal infalible de la Iglesia, es doctrina segura y avalada por las Encíclicas *Providentissimus Deus* y *Spiritus Paraclitus*.

En la última se nos dice:

«Es seguro que no se atienen a las prescripciones y límites (que León XIII ha expuesto en su Encíclica *Providentissimus Deus*) los exégetas que introducen en la Sagrada Escritura una distinción entre contenido principal religioso y contenido secundario profano. La inspiración divina se referirá a todas las frases, más aún, a cada una de las palabras de la Sagrada Escritura, pero su eficacia, sobre todo la infalibilidad y la perfecta verdad, quedan limitadas al contenido principal o religioso. Creen que sólo lo que se refiere a la religión es intentado y enseñado por Dios en la Escritura. Todo

lo demás, lo que pertenece a las disciplinas profanas y que sólo está al servicio de la verdad revelada, el ropaje exterior de la verdad divina, por decirlo así, esto sólo ha sido permitido por él y queda sometido a la limitación del escritor. Por eso nadie debe extrañarse si en lo que concierne a cosas científicas, históricas y de índole parecida, hay mucho en la Escritura que no puede armonizarse con el progreso de la ciencia moderna. Muchos afirman que esta opinión no está en contradicción con las prescripciones de nuestro predecesor. Pues él habrá declarado que en lo que concierne a las cosas de la Naturaleza, los hagiógrafos hablan según la apariencia externa, la cual puede engañar. De las palabras mismas del Papa se deduce cuán atrevidas y falsas son estas afirmaciones. Es cierto que León XIII ha enseñado con gran sabiduría y siguiendo el ejemplo de San Agustín y Santo Tomás, que es preciso tener en cuenta la apariencia externa de las cosas. Pero esta apariencia externa de las cosas no pone ninguna mancha de inexactitud en la Escritura. La filosofía sana enseña que el sentido no se engaña en el conocimiento inmediato de las cosas que permanecen a su esfera propia de conocimiento. Además, nuestro predecesor ha rechazado toda distinción entre contenido principal y contenido secundario, como lo llaman; ha suprimido toda ambigüedad y ha mostrado con toda claridad que se alejan mucho de la verdad los que creen que cuando se trata de la verdad de enunciados se debe preguntar menos por lo que Dios ha dicho que por el para qué lo ha dicho. Del mismo modo enseña la inspiración divina de todas las partes de la Escritura, sin selección ni diferencia, y que no puede haber error alguno en el texto inspirado por Dios. Es falso el limitar la inspiración divina a partes determinadas de la Sagrada Escritura o el afirmar que el autor sagrado se ha equivocado». D. 2186 y sigs.; NR. 123 y sigs.

2. La inspiración probablemente se extiende no sólo al contenido, sino también a la *forma de expresión*. Son inadmisibles las teorías de los rabinos y de los «protestantes viejos», según las cuales Dios dictó formalmente el texto, limitándose la actividad del escritor sagrado simplemente a la de transcribirlo de una manera maquinal. Puede considerarse como probable la *inspiración verbal*; Dios, dejando al escritor intactas su libertad y personalidad, le impulsa a adoptar formas literarias y de expresión determinadas poniendo al servicio del plan de la salvación la peculiaridad propia de pensamiento, juicio y estilo del escritor sagrado. Siguiendo esta teoría, la Sagrada Escritura se nos presenta como obra total de Dios y como obra total del hombre; pero de tal forma que el hombre no es sino un instrumento en las manos del Señor. No es el hombre quien habla, sino Dios, y es el Espíritu Santo el que testimonia a Cristo sirviéndose para ello de hombres como Mateo, Marcos, Lucas, etc. El Espíritu Santo habla el lenguaje de los hombres y deja ligado su testimonio a la idiosincrasia de una per-

sona histórica determinada; se enajena en cierto modo sometién- dose a las condiciones de este nuestro mundo limitado.

La inspiración verbal tomada en este sentido no puede ser testi- moniada mediante datos sacados de la Revelación, es cierto; pero concuerda esto mejor con las enseñanzas de los Santos Pa- dres que la opinión según la cual sólo se refiere al contenido. Pue- den además aducirse en su favor razonamientos de índole psicoló- gica. Al parecer, Dios no puede impulsar a escribir un contenido determinado sin dejar sentir también su influencia en los símbolos y expresiones verbales empleados por el escritor. Estos símbolos y expresiones están en íntima conexión con las ideas mismas; el hombre, en su condicionalidad de ser psíquico-corporal, difícilmen- te puede pensar sin imágenes, con pensamientos puros (ver K. Rah- ner, *Geist in Welt. Zur Metaphysik der endlichen Erkenntnis bei Thomas von Aquin*, 1939).

3. Si tenemos en cuenta que Dios en su actividad inspiradora no elimina la personalidad del escritor sagrado, sino que se amol- da a ella, se intuye con facilidad la diferencia existente entre los diversos libros de la Escritura, no obstante ser su Autor principal uno solamente. El Nuevo Testamento es un solo Evangelio, una sola «Buena Nueva», anunciada por Jesucristo, y sin embargo está polarizada según la mentalidad de los hombres que dan fe de ella. La diferencia, pues, hay que buscarla en la idiosincrasia misma de los testigos. Diekamp escribe sobre esto: «¿Pretendió Dios que, por ejemplo, cosas tan importantes como las palabras de la Con- sagración puedan haber sido reproducidas por diversos hombres y de diversa manera? Debemos contestar afirmativamente; con ello nos enseña Dios, como dice San Agustín, *De consensu Evang.*, II, 12, que meras diferencias de expresión carecen de importancia mientras el sentido de las palabras continúe siendo el mismo».